

Incidencia de la práctica deportiva en la conducta disruptiva de niños y adolescentes

Incidence of sport practice in the disruptive behavior of children and adolescents

PABLO JODRA

Ciencias de la Actividad Física y del Deporte. Universidad Alfonso X El Sabio. Avda. de la Universidad, 1. Villanueva de la Cañada–Madrid. España

pjodrjim@uax.es

RAÚL DOMÍNGUEZ

Ciencias de la Actividad Física y del Deporte. Universidad Alfonso X El Sabio. España

JOSÉ-LUIS MATÉ-MUÑOZ

Ciencias de la Actividad Física y del Deporte. Universidad Alfonso X El Sabio. España

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-3282-1455>

Recibido: 09-05-2017. Aceptado: 10-07-2017.

Cómo citar / Citation: Jodra, P., Domínguez, R., y Maté-Muñoz, J.L. (2017). Incidencia de la práctica deportiva en la conducta disruptiva de niños y adolescentes. *Ágora para la Educación Física y el Deporte*, 19(2-3), 193-206.

DOI: <https://doi.org/10.24197/aefd.2-3.2017.193-206>

Resumen. En este escrito se presenta un estudio sobre las conductas disruptivas en niños y adolescentes y su relación con la práctica sistemática de actividad física y deporte. Además, se analiza la influencia que tiene el tipo de modalidad deportiva en la manifestación de respuestas de tipo disocial de los participantes. Para ello, se utilizó el Factor Disocial del Cuestionario para la Detección de los Trastornos del Comportamiento en Niños y Adolescentes (ESPERI), con una muestra de 525 menores. Entre los resultados se destaca que los niños y adolescentes que practican de forma regular una actividad deportiva presentan un menor número de conductas de tipo disocial que aquellos que no practican ningún deporte. Se pone de también de manifiesto que la modalidad deportiva practicada es un factor que influye en la interiorización de patrones de respuesta social; a este respecto, las modalidades individuales tienen, en comparación con las de equipo, una menor incidencia en la generación de respuestas disociales.

Palabras clave: Modalidad deportiva; conducta disruptiva; infancia; adolescencia.

Abstract. This paper presents a study of the disruptive behaviors in children and adolescents and its relationship with the systematic practice of physical activity and sport. In addition, the influence of the type of sport in the manifestation of antisocial participant's responses is analyzed. The main instrument of the study has been the Dissocial Factor of the questionnaire for the detection of disruptive behavior in children and adolescents (*Cuestionario para la Detección de los Trastornos del Comportamiento en Niños y Adolescentes*–ESPERI). 525 minors composed the sample. Among the

results it is highlighted that children and adolescents regularly involved in sport practice present a smaller number of dissocial behaviors than those who do not practice any sport. Furthermore, the sport modality constitutes an important factor that influences the internalization of social response patterns; in this respect, individual modalities present-generate a lower number of dysocial responses than team sports.

Keywords: Sport modality; disruptive behavior; childhood; adolescence.

INTRODUCCIÓN

El contexto de la práctica deportiva permite el desarrollo de valores personales como la autoestima, la capacidad de esfuerzo o la constancia, y de valores sociales como la cooperación, el respeto o la solidaridad, especialmente en la infancia y adolescencia. Varios estudios han constatado las posibilidades educativas que se derivan de la práctica deportiva en el desarrollo psicosocial y en la integración social de niños y jóvenes (Theodoulides, 2003; Ruiz-Pérez, Rodríguez, Martinek, Schilling, Duran, y Jiménez, 2006; Bruner, Boardley, y Cote, 2014). Tanto la búsqueda como la exigencia de un rendimiento deportivo en forma de resultado, y otras circunstancias como lesiones, sobreentrenamiento o pérdida de oportunidades sociales, pueden socavar la adquisición de valores y hábitos saludables. Para lograr un entorno positivo es fundamental encuadrar la práctica deportiva en la intencionalidad dentro de un proceso educativo, es decir, cuando es programado, controlado y sistematizado, donde la metodología y la evaluación se dirigen al cómo y no tanto al cuánto (Jaqueira, Lavega, Lagardera, Araujo, y Rodrigues, 2014), contribuyendo, entre otros factores, a la prevención de conductas antisociales (Collingwood, 1997; Pelegrín, 2002).

La transgresión de las normas es una conducta frecuente del desarrollo evolutivo de los menores en las etapas de la niñez y de la adolescencia, constituyendo un proceso de afianzamiento en la personalidad y en el posicionamiento social. Varios estudios longitudinales han determinado la aparición de la conducta disocial y su evolución desde etapas iniciales de la infancia, donde se observa una alta prevalencia de comportamientos antisociales específicos cuyo decremento se hace evidente a lo largo del tiempo (McFarlane, Allen, y Honzik, 1954; Rutter, Tizard, y Whitmore, 1970); para Luengo, Romero, Gómez-Fraguela, Guerra, y Lence (2002), las conductas disociales se adquieren en la relación que se establecen con los grupos más próximos, donde aparecen conductas y actitudes que favorecen

la transgresión de normas. Otro aspecto importante en la conducta disocial es su continuidad y progresión en diferentes etapas evolutivas, según estudios (Kazdin y Bucla-Casal, 1994; Huesmann, Eron, y Dubow, 2002), cuando este tipo de conductas se produce en los adultos hay una correlación directa con una serie de pasos intermedios en los períodos anteriores de la infancia y la adolescencia.

Entre los modelos explicativos del comportamiento disocial, la propuesta integradora de Arce y Fariña (2007) hace referencia al enfoque multimodal y multinivel, donde hay que considerar tanto los factores de riesgo y de protección que envuelven al individuo, como el contexto familiar, socio-comunitario y académico-laboral. Según Mohamed-Mohand (2008), los factores de riesgo se entienden como aquellas variables que aumentan la probabilidad de que un individuo manifieste conductas de tipo disocial, y pueden estar asociados al propio menor (la autoestima, el locus de control, la baja tolerancia a la frustración, el egocentrismo), pueden ser de origen social (negativa a la asunción de normas, problemas de disciplina, escaso apoyo social), o pueden ser de origen familiar (falta de supervisión y control familiar, escasa comunicación en la familia, modelo de educación de los padres). Por su parte, los factores de protección son el conjunto de estrategias que incrementan la capacidad del individuo para afrontar con éxito las situaciones problemáticas, realizando conductas de tipo prosocial para resolverlas, y por lo tanto disminuyen la posibilidad de involucrarse en conductas de riesgo; pueden ser de tipo personal (habilidades sociales, estrategias de afrontamiento, control emocional, autoestima, estilo atribucional), de tipo social (el grupo de iguales, el contexto escolar), o de tipo familiar (modelos prosociales, estilo educativo, normas familiares).

La conducta prosocial se refiere al carácter empático y voluntario dirigido al beneficio de los demás (Eisenberg, Fabes y Spinrad, 2006), y en la adolescencia este tipo de conductas se asocia con aspectos personales y sociales como el autoconcepto, la responsabilidad, la autoeficacia y la mejora del clima social (Hernández, Espada, y Guillén, 2016). El contenido de los programas de intervención se dirige a ofrecer recursos que ayuden a niños y adolescentes a conseguir estrategias para el desarrollo de la capacidad de empatía, para potenciar la madurez en el razonamiento moral, en la orientación sobre la realización de las actividades despertando el interés y el reto de mejorar, y en el trabajo sobre la autonomía mediante la responsabilidad (Danish y Hellen, 1997; Sánchez-Alcaraz, Gómez, Valero, De la Cruz, y Díaz 2014). El éxito de estos programas de desarrollo positivo requiere de un contexto seguro que facilite la interacción personal y el

respeto (Nicholson, Collins, y Holmer, 2004; Barker, Halsall, y Formeris, 2016).

La actividad física y el deporte ofrecen a los niños y adolescentes un espacio adecuado para potenciar aspectos personales y sociales como la pertenencia a un grupo, o la posibilidad de demostrar la capacidad para conseguir logros (Escartí, Gutiérrez, Pascual, Marín, Martínez, y Chacón, 2006); estos modelos de conducta pueden ser transferidos a otras esferas de la vida, y pueden significar un medio para satisfacer las necesidades de exploración del contexto, de la transgresión de normas, o de estimulación, que se produce en muchos niños y jóvenes.

Existen evidencias sobre las diferencias entre deportistas y no deportistas en diferentes aspectos de la personalidad; Guillén y Laborde (2014), encontraron que los participantes pertenecientes al grupo de deportistas puntuaban más alto en fortaleza mental, optimismo y perseverancia, que los participantes no deportistas. Además, la influencia del deporte en el proceso de socialización ha sido probada en numerosas investigaciones, determinando que la participación sistemática posibilita la disminución de conductas antisociales en adolescentes (Page y Tucker, 1994; Samek, Elkins, Keyes, Iacono, y McGue, 2015), y que los efectos aumentan cuando los entrenadores mantienen una actitud que promueve el comportamiento prosocial (Rutten, Stams, Biesta, Schuengel, Dirks, y Hoeksma, 2007).

Un primer objetivo de este estudio consiste en analizar la prevalencia de las conductas disociales entre la población infantil y adolescente, en su relación con la práctica sistemática y regulada de actividad física y deporte. La participación en programas deportivos, tanto en modalidades individuales como de equipo, puede tener incidencia en la interiorización de respuestas sociales en la conducta de los jóvenes. Se intenta comprobar el efecto que tiene la participación en programas de entrenamiento deportivo en el repertorio de respuestas sociales de los menores.

En un segundo objetivo, se pretende determinar si el tipo de modalidad deportiva que se realiza de una manera específica, establecida en práctica deportiva de modalidad individual o de modalidad de equipo, puede influir en la interiorización de las normas de comportamiento que repercuten en la prevalencia de las conductas disociales.

1. MÉTODO

Participantes

El estudio se realizó con una muestra compuesta por 525 menores (375 varones y 150 mujeres) de edades comprendidas entre los 12 y 17 años ($M = 15.15$, $DE = 1.49$) que conformaban los dos grupos de análisis: uno que no practicaba actividad física de forma regular ni realizaba deporte de manera sistemática ($n = 172$), y otro ($n = 353$) que participaba de forma regular en actividades deportivas, con un promedio de 6,3 horas por semana ($DE = 4,37$). A su vez, este último grupo de menores deportistas estaba compuesto por dos subgrupos: uno, integrado por 136 menores (64 varones y 72 mujeres), practicantes de modalidades deportivas individuales, entre ellas, el atletismo, la gimnasia, la natación, el triatlón, el tenis y la esgrima; y el otro, formado por 217 menores (207 varones y 10 mujeres) practicantes de modalidades de equipo, entre las que cabe mencionar el fútbol, el baloncesto, el rugby y el voleibol. La actividad física de los integrantes del grupo de deportistas tendía a circunscribirse de forma casi exclusiva a una única disciplina.

Instrumento de medida

Para la valoración de la conducta disocial, se utilizó el *Cuestionario para la Detección de los Trastornos del Comportamiento en Niños y Adolescentes - ESPERI*, de Parellada, San Sebastián y Martínez-Arias (2009), en la versión para jóvenes de 12-17 años. Esta prueba evalúa cinco factores de primer orden (Factor disocial o conducta antisocial, Factor inatención-impulsividad, Factor pre-disocial, Factor psicopatía, Factor hiperactividad) y dos factores de segundo orden (Disocial e Inatención/Hiperactividad/Impulsividad). Para este estudio se consideraron los factores correspondientes al factor disocial, es decir, los factores de primer orden disocial o conducta antisocial, y pre-disocial.

El índice de fiabilidad (alfa de Cronbach) hallado para cada una de las variables estudiadas tanto para los factores simples como para el de segundo orden fueron: Conducta Disocial ($\alpha = .87$), Conducta Predisocial ($\alpha = .82$), Psicopatía ($\alpha = .70$), Factor Disocial ($\alpha = .90$).

Procedimiento

El cuestionario fue administrado por un grupo de colaboradores que recibieron formación específica sobre las características de la prueba y las instrucciones pertinentes acerca de su cumplimentación. Una vez obtenidos los consentimientos por parte de los padres o tutores de los menores, los participantes respondieron a la prueba de forma individualizada en su contexto social y familiar habitual, aunque el grupo de deportistas en la modalidad de equipo lo hicieron en un momento antes de los entrenamientos.

Los datos fueron analizados con los paquetes estadísticos SPSS 15.0, determinándose los índices de fiabilidad de los factores evaluados en el estudio, los análisis descriptivos y de contrastes de medias.

2. RESULTADOS

Los estadísticos descriptivos obtenidos en las dimensiones del instrumento empleado para la valoración de las distintas conductas son: para la dimensión disocial, una $M = 21.46$ y una $DE = 8.101$; para la dimensión predisocial, una $M = 16.21$ y una $DE = 5.246$; para la dimensión psicopatía, una $M = 14.65$ y una $DE = 4.083$; y para el factor disocial, una $M = 52.32$ y una $DE = 14.664$; (ver Tabla I).

Tabla I. Estadísticos descriptivos de las dimensiones estudiadas

	N	M	DE
Disocial	525	21.46	8.101
Predisocial	525	16.21	5.246
Psicopatía	525	14.65	4.083
Factor disocial	525	52.32	14.664

Los resultados obtenidos muestran diferencias en todas las dimensiones relacionadas con el factor disocial entre el grupo de menores que no realiza deporte de forma sistemática y el de los que participa de forma regular en actividades deportivas. Estas diferencias son estadísticamente significativas en la dimensión disocial ($t_{523} = 8.008, p < .001$), en la dimensión predisocial ($t_{523} = 6.445, p < .001$), en la dimensión psicopatía ($t_{523} = 4.739, p < .001$) y en el factor disocial ($t_{523} = 8.162, p < .001$). A este respecto, en el grupo de

menores no vinculado a la actividad deportiva es donde se manifiesta un mayor número de conductas relacionadas con el factor disocial (ver Tabla II).

Tabla II. Estadísticos descriptivos y valor de contraste de las variables evaluadas en función del grupo de vinculación con la actividad deportiva

	Grupos	M	DE	t	Sig.
Disocial	No deportistas	25.30	10.477	8.008	.000
	Deportistas	19.60	5.804		
Predisocial	No deportistas	18.25	6.197	6.445	.000
	Deportistas	15.22	4.393		
Psicopatía	No deportistas	15.83	4.653	4.739	.000
	Deportistas	14.07	3.644		
Factor disocial	No deportistas	59.38	18.061	8.162	.000
	Deportistas	48.89	11.201		

Cuando analizamos los resultados del grupo de menores que practica deporte de forma sistemática, encontramos diferencias en la dimensión disocial ($t_{351} = -3.134, p = .002$), en la dimensión predisocial ($t_{351} = -4.855, p < .001$), en la dimensión psicopatía ($t_{351} = -2.826, p = .005$) y en el factor disocial ($t_{351} = -4.477, p < .001$), entre aquellos que participan en una modalidad individual y los menores que pertenecen a deportes de equipo. Estas diferencias son estadísticamente significativas, siendo el grupo de participantes vinculados a un deporte individual quienes manifiestan un menor número de conductas relacionadas con el factor disocial, en comparación con los menores que participan en deportes de equipo (ver Tabla III).

Tabla III. Estadísticos descriptivos y valor de contraste de las variables evaluadas en función de la modalidad de deporte practicada

	Grupos	M	DE	t	Sig.
Disocial	Modalidad individual	18.39	6.825	-3.134	.002
	Modalidad de equipo	20.35	4.928		
Predisocial	Modalidad individual	13.83	4.882	-4.855	.000
	Modalidad de equipo	16.09	3.818		
Psicopatía	Modalidad individual	13.38	3.872	-2.826	.005
	Modalidad de equipo	14.50	3.433		
Factor disocial	Modalidad individual	45.60	13.157	-4.477	.000
	Modalidad de equipo	50.94	9.231		

3. DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

Los resultados de este estudio ponen de manifiesto que patrones de conductas de carácter disocial pueden verse reducidas por la participación en programas estructurados y sistemáticos de actividad física y deporte, lo que se corresponde con los datos ofrecidos en otros estudios (Seefeldt y Ewing, 1997; Pelegrín, Garcés de los Fayos, y Cantón, 2010; Bruner, Boardley, y Cote, 2014; Guillén y Laborde, 2014; Samek, Elkins, Keyes, Iacono, y McGue, 2015). Los menores que participan en deportes, desarrollan vínculos con otras personas que son importantes para ellos, y que en muchas ocasiones son sus referentes; la identificación con modelos que representan valores prosociales dominantes, articula el carácter del menor y el sentimiento de pertenencia a un grupo o colectivo determinado.

La transmisión de valores que se suscita a través del deporte, queda reflejada en el cumplimiento del reglamento necesario para el desarrollo deportivo, aprendido, interiorizado y respetado por los participantes, que se identifican con su modalidad deportiva; además, el papel formativo e instructor de los técnicos y entrenadores, representa el potencial para el establecimiento de estrategias que fomenten los factores de protección en las respuestas conductuales del individuo. La internalización de los procesos que permiten el desarrollo de una estructura de respuestas sociales adecuadas para la coexistencia y la adaptación a las normas sociales, se construye desde la infancia y permite componer un modelo conductual basado en principios de integridad y convivencia. No obstante, la transgresión de normas en el menor puede suponer el afianzamiento de su personalidad y la búsqueda de alternativas y nuevas experiencias vitales; estos patrones de conducta están regulados por los modelos sociales de referencia. Los comportamientos que suscitan mayor responsabilidad en las acciones, se relacionan con la interiorización de las normas y los valores específicos que tiene el deporte, y que se pueden generalizar en las diferentes facetas de la vida del individuo (Walsh, McGuinness, Sprole, y Trew, 2010). Cuando el menor participa de forma periódica en un planteamiento deportivo, donde los esfuerzos y la conducta están regulados por las reglas de juego, su comportamiento se adapta a las demandas del sistema del juego, y establece respuestas y reacciones condicionadas por la responsabilidad y las consecuencias que se derivan. La generalización de los valores y de conductas apropiadas, generadas a través de la actividad física y del deporte, en las diferentes facetas de la vida es un argumento cuestionado,

y difícilmente extrapolables según planteamientos como los de Martens (1982).

Por lo tanto, comprobamos que la práctica de actividad física y deporte, realizada de forma sistemática y siguiendo una metodología específica donde se afiance la promoción e interiorización de valores, puede contribuir a la prevención de conductas disociales, generando estrategias de comportamiento adecuadas para la convivencia y la interacción social. Un factor que influye en el clima moral y en la socialización, lo constituye la figura del entrenador y su metodología didáctica en la gestión y dirección del deporte y de los deportistas (Viciano y Zabala, 2004; Kavussanu y Spray, 2006), que se sitúa como referente en la consolidación de los esquemas de respuestas conductuales.

Además, el segundo de los objetivos propuestos en este estudio hace referencia a la influencia que tiene el tipo de modalidad deportiva en la manifestación de respuestas de tipo disocial. Según los resultados obtenidos, comprobamos que existen diferencias significativas entre los participantes de modalidades deportivas individuales y aquellos que están involucrados en deportes de equipo, siendo los primeros los que presentan un menor nivel de conductas disociales. Las investigaciones que han abordado las diferencias entre el tipo de deporte practicado se han centrado en la influencia de los programas y en las características de los factores disposicionales. En este sentido, los deportistas de modalidades individuales obtienen puntuaciones más elevadas en factores como la perseverancia, la autoestima y la resiliencia (Laborde, Guillén, Dosseville, y Allen, 2015; Laborde, Guillén, y Mosley, 2016). La influencia que pueden tener estos factores individuales en la interiorización de las reglas de juego y de las normas de competición se vinculan a los sistemas de conducta de la persona, y pueden generalizarse a otras situaciones y en diferentes contextos; por su parte, en el caso de los deportistas de equipo, la responsabilidad de las acciones y de los resultados queda diluida en el grupo, por lo que la asunción de un compromiso de comportamiento adquiere su relevancia en el entorno del desempeño deportivo, pero no tiene porqué interiorizarse en los esquemas de valores del individuo.

Como conclusión de este estudio podemos señalar que la práctica deportiva, realizada de forma sistemática, confiere al niño y al adolescente una serie de valores relacionados con la conducta prosocial, que pueden ser generalizados como principios individuales y modelos de comportamiento social. Para ello, la metodología didáctica de los entrenadores debe encaminarse a la consecución de estos valores que el deporte lleva

implícitos, reforzando los modelos adecuados y modificando las conductas tendentes a la transgresión de normas. Además, hemos comprobado que la modalidad deportiva repercute en el afianzamiento de los modelos de conducta de los jóvenes, siendo en las modalidades individuales, frente a las de equipo, donde mejor se constata la interiorización de los modelos de conducta social.

BIBLIOGRAFÍA

- Arce, R., y Fariña, F. (2007). Teorías de riesgo de la delincuencia. Una perspectiva integradora. En F.J. Rodríguez y C. Becedóniz (Coords.), *El menor infractor. Posicionamientos y realidades* (pp. 37-46). Oviedo: Servicio de Publicaciones del Principado de Asturias.
- Barker, B., Halsall, T., y Formeris, T. (2016). Evaluating the PULSE program: Understanding the implementation and perceived impact of a TPSR based physical activity program for at-risk youth. *Ágora para la Educación Física y el Deporte*, 18(2), 99-116. Tomado el 10 de noviembre de 2016 en: http://agora-revista.blogs.uva.es/files/2016/08/agora_18_2a_barker_et_al.pdf
- Bruner, M.W., Boardley, I.D., y Cote, J. (2014). Social identity and prosocial and antisocial behavior in youth sport. *Psychology of Sport and Exercise*, 15(1), 56-64. doi: 10.1016/j.psychsport.2013.09.003
- Collingwood, T. (1997). Providing physical fitness programs to at-risk youth. *Quest*, 49, 67-84. Tomado el 5 de marzo de 2016 en: <https://pdfs.semanticscholar.org/bc3c/e3a11bdedc74bfc40b48f678cde6e91e9a38.pdf>. doi: 10.1080/00336297.1997.10484224
- Danish, S., y Hellen, V. (1997). New roles for sport psychologist: teaching life skills through sport to at-risk youth. *Quest*, 49, 100-113. Tomado de: <https://pdfs.semanticscholar.org/43ee/f659642eec098129e372b77a8173b1187cc6.pdf>. doi: 10.1080/00336297.1997.10484226
- Eisenberg, N., Fabes, R.A., y Spinrad, T.L. (2006). Prosocial development. En: N. Eisenberg, y W. Damon (Eds.), *Handbook of child psychology: Social, emotional, and personality development* (pp. 646-718), New York: John Wiley.
- Escartí, A., Gutiérrez, M., Pascual, C., Marín, D., Martínez, C., y Chacón, Y. (2006). Enseñando responsabilidad personal y social a un grupo de

adolescentes de riesgo: Un estudio «observacional». *Revista de Educación*, 341, 373-396. En: http://www.revistaeducacion.mec.es/re341/re341_16.pdf, tomado el 06-05-16.

- Guillén, F., y Laborde, S. (2014). Higher-order structure of mental toughness and the analysis of latent mean differences between athletes from 34 disciplines and non-athletes. *Personality and Individual Differences*, 60, 30-35. Tomado el 10 de marzo de 2016 en: https://ac.els-cdn.com/S019188691301386X/1-s2.0-S019188691301386X-main.pdf?_tid=3513e96a-d699-11e7-a411-00000aacb362&acdnat=1512134106_7a8e43fc296e7949f4ee3e3a638dcade. doi: 10.1016/j.paid.2013.11.019
- Hernández, O., Espada, J.P., y Guillén, A. (2016). Relación entre conducta prosocial, resolución de problemas y consumo de drogas en adolescentes. *Anales de Psicología*, 32(2), 609-616. Tomado el 10-11-2017 de http://scielo.isciii.es/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0212-97282016000200035. doi: 10.6018/analesps.32.2.204941
- Huesmann, L.R., Eron, L.D., y Dubow, E.F. (2002). Childhood predictors of adult criminality: Are all risk factors reflected in childhood aggressiveness? *Criminal Behaviour and Mental Health*, 12(3), 185-208. doi: 10.1002/cbm.496
- Jaqueira, A. R., Lavega, P., Lagardera, F., Araujo, P., y Rodrigues, M. (2014). Educando para la paz jugando: Género y emociones en la práctica de juegos cooperativos competitivos. *Educatio Siglo XXI*, 32(2), 15-32. Descargado el 07-10-2015 en <http://revistas.um.es/educatio/article/view/194071>. doi: 10.6018/j/194071
- Kazdin, A., y Buela-Casal, G. (1994). *Conducta antisocial: Evaluación, tratamiento y prevención en la infancia y adolescencia*. Madrid: Pirámide.
- Kavussanu, M., y Spray, C.M. (2006). Contextual influences on moral functioning of male youth footballers. *The Sport Psychologist*, 20, 1-23. doi: 10.1123/tsp.20.1.1
- Laborde, S., Guillén, F., y Mosley, E. (2016). Positive personality-trait-like individual differences in athletes from individual and team sports and in non athletes. *Psychology of Sport and Exercise*, 26, 9-13. Tomado el 10-01-2017 de: <http://www.psicologiadeporte.ulpgc.es/docs/Positive-personality-trait-like-individual-differences-in-athletes-from-individual-and-team-sports-and-in-non-athletes.pdf>

- Laborde, S., Guillén, F., Dosseville, F., y Allen, M.S. (2015). Chronotype, sport participation, and positive personality-trait-like individual differences. *Chronobiology International*, 32(7), 1-10. doi: 10.3109/07420528.2015.1055755.
- Luengo, M. A., Romero, E., Gómez-Fraguela, J., Guerra, A. y Lence, M. (2002). *La prevención del consumo de drogas y la conducta antisocial en la escuela: análisis y evaluación de un programa*. Universidad de Santiago de Compostela. Ministerio de Educación y Cultura, Ministerio de Sanidad y Consumo, Ministerio del Interior. Descargado el 7-10-2016 de: http://www.usc.es/export9/sites/webinstitucional/gl/investigacion/grupos/underisk/descargas/6_3_1999informe-LST97.pdf
- Martens, R. (1982). Kids sports: A den of iniquity or land of promise. En R.A. Magill, M.J.; M.J. Asch, y E.L. Smoll (Eds.), *Children in sport* (pp. 201–216). Champaign, IL: Human Kinectics.
- McFarlane, J.W., Allen, L., y Honzik, M.P. (1954). *A developmental study of the behavior problems of normal children between 21 months and 14 years*. Berkeley: University of California Press.
- Mohamed-Mohand, L. (2008). *Estudio de campo del comportamiento inadaptado en menores: riesgo social y evolución natural*. Tesis doctoral. Universidad de Granada.
- Nicholson, H.J., Collins, C., y Holmer, H. (2004). Youth as people: The protective aspects of youth development in after-school settings. *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 591, 55-71. Descargado el 04-09-2016 en: <https://www.jstor.org/stable/pdf/4127635.pdf>. doi: 10.1177/0002716203260081
- Page, R.M., y Tucker, L.A. (1994). Psychosocial discomfort and exercise frequency: An epidemiological study of adolescents. *Adolescence*, 29(113), 183-191.
- Parellada, M.J., San Sebastián, J., y Martínez-Arias, R. (2009). ESPERI. Cuestionario para la Detección de los Trastornos del Comportamiento en Niños y Adolescentes. Madrid: Instituto de Orientación Psicológica EOS.
- Pelegrín, A. (2002). Conducta agresiva y deporte. *Cuadernos de Psicología del Deporte*, 2(1), 39-56. Descargado el 5 de mayo de 2016 en: <http://revistas.um.es/cpd/article/view/105021>

- Pelegrín, A., Garcés de los Fayos, E.J., y Cantón, E. (2010). Estudio de conductas prosociales y antisociales. Comparación entre niños y adolescentes que practican y no practican deporte. *Informació Psicológica*, 99, 64-78. En: <http://www.informaciopsicologica.info/OJSmottif/index.php/leonardo/article/view/149/115>, descargado el 05-09-2016.
- Ruiz-Pérez, L., Rodríguez, P., Martinek, T., Schilling, T., Duran, L., y Jiménez, P. (2006). El Proyecto Esfuerzo: Un modelo para el desarrollo de la responsabilidad personal y social a través del deporte. *Revista de Educación*, 341, 933-958. En: http://www.revistaeducacion.mec.es/re341/re341_40.pdf, descargado el 05-06-2016.
- Rutten, E.A., Stams, G.J., Biesta, G.J., Schuengel, C., Dirks, E., y Hoeksma, J.B., (2007). The contribution of organized youth sport to antisocial and prosocial behavior in adolescent athletes. *Journal of Youth and Adolescence*, 36(3), 255-264.
- Rutter, M., Tizard, J., y Whitmore, K. (1970). *Education, health and behavior*. London: Longmans.
- Samek, D.R., Elkins, I.J., Keyes, M.A., Iacono, W.G., y McGue, M. (2015). High school sports involvement diminishes the association between childhood conduct disorder and adult antisocial behavior. *Journal of Adolescent Health*, 57(1), 107-112. Tomado el 8 de noviembre de 2016 de: <http://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S1054139X15001160?via%3Dihub>. doi: 10.1016/j.jadohealth.2015.03.009
- Sánchez-Alcaraz, J., Gómez, A., Valero, A., De la Cruz, E., y Díaz, A. (2014). The Development of a sport-based personal and social responsibility intervention on daily violence in schools. *American Journal of Sports Science and Medicine*, 2(6A), 13-17. Tomado en: <http://pubs.sciepub.com/ajssm/2/6A/4/>, el 8-10-2016.
- Seefeldt, V.D., y Ewing, M.E. (1997). Youth sports in America. *President's Council on Physical Fitness and Sports Research Digest*, 2(11), 1-11.
- Theodoulides, A. (2003). I would never personally tell anyone to break the rules, but you can bend them: Teaching moral values through team games. *European Journal of Physical Education*, 8(2), 141-159.

- Viciano, J., y Zabala, M. (2004). El papel educativo y la responsabilidad de los entrenadores deportivos. Una investigación sobre las instrucciones a escolares en fútbol de competición. *Revista de Educación*, 335, 163-187. Tomado el 10-10-2016 de: http://www.revistaeducacion.mec.es/re335/re335_13.pdf
- Walsh, G., McGuinness, C., Sproule, L., y Trew, K. (2010). Implementing a play-based and developmentally appropriate curriculum in Northern Ireland primary schools: What lessons have we learned? *Early Years*, 30(1), 53-66. doi: 10.1080/09575140903442994